

PRÓLOGO

BABILONIA, VERANO 323 A. C.

—Al más fuerte.

El gran anillo de Macedonia temblaba ante la visión cada vez más borrosa de Alejandro. Su mano temblaba por el esfuerzo que suponía levantarla y hablar al mismo tiempo. Blasonado con el símbolo del sol de dieciséis puntas, el anillo representaba el poder de vida y muerte sobre el imperio más vasto jamás conquistado en el mundo conocido, un imperio del que debía desprenderse demasiado pronto porque él, Alejandro, el tercero de su nombre como rey de Macedonia, ahora sabía que era inevitable: se estaba muriendo.

La rabia se apoderó de él. Rabia hacia los caprichosos dioses que tanto le habían dado y que, sin embargo, se estaban cobrando un alto precio. Morir con sus ambiciones a medio saciar era una injusticia que agriaba sus éxitos y que exacerbaba el amargo sabor a muerte que le subía por la garganta, ya que solo Oriente había caído en sus manos, y aún quedaba Occidente por ser testigo de su gloria. Y, sin embargo, ¿acaso no se le había advertido? ¿Acaso no le había advertido el dios Amón contra su *hibris* cuando consultó el oráculo de la deidad en el oasis de Siwa, en un lugar remoto del desierto egipcio, hacía casi diez años? ¿Era este el castigo por ignorar las palabras del dios e intentar llegar más lejos de lo que cualquier mortal osara jamás? Si hubiese tenido fuerzas, Alejandro habría llorado por sí mismo y por la gloria que se le escapaba entre los dedos.

Sin un heredero natural claro, ¿quién habría de sucederle? ¿A quién le daría la oportunidad de alcanzar las cimas que él había conquistado? El amor de su vida, Hefestión, la única persona a la que había tratado como a un igual, tanto en el campo de batalla como en el lecho que compartía, le había sido arrebatado menos de un año antes. Solo Hefestión, el bello y orgulloso Hefestión, habría sido digno de expandir lo que él, Alejandro, había creado. Pero Hefestión ya no existía.

Alejandro alargó el anillo hacia el hombre que tenía a la derecha de la cama, al más cercano, al más veterano de los siete hombres que se encontraba alrededor, todos ansiosos por saber cuál era su voluntad en sus últimos momentos. Todos permanecieron inmóviles, atentos, bajo el techo abovedado de la estancia, decorado con teselas de color azul intenso, carmín y oro, en el gran palacio de Nabucodonosor, en el corazón de Babilonia. Allí, entre las sombras de un puñado de tenues lámparas de aceite. Era poca la luz que penetraba por las altas ventanas en ese atardecer de cielos nublados. Todos esperaban a conocer su destino.

Pérdicas, comandante de la Caballería de los Compañeros, hasta entonces leal a la dinastía argéada de Macedonia, aunque ambicioso a título personal y falto de escrúpulos, cogió el símbolo de autoridad última del dedo índice del rey y formuló la pregunta por segunda vez, con la voz tensa:

—¿A quién le entregas el anillo, Alejandro? —Observó a sus pares, antes de volver a bajar la cabeza, mirar al rey y añadir—: ¿Es a mí?

Alejandro no hizo esfuerzo alguno por responder mientras miraba a su alrededor, al semicírculo de hombres que tenía más próximos. Todos ellos formidables comandantes militares, capaces de actuar por cuenta propia. Todos ellos con un humano afán de poder: Leonato, alto y vanidoso, que se había dejado crecer la melena rubia, en imitación a la del rey, para parecerse a él, pero cuya devoción era tal que había usado su propio cuerpo para proteger a Alejandro cuando cayó herido en la lejana India. Peucestas, a su lado, ya tenía detalles de influencia nativa en su indumentaria, y era el único de ellos que había aprendido persa. Lisímaco, el más temerario de todos ellos, quien hacía alarde de una bravura que solía suponer un peligro hasta para sus propios camaradas. Peitón, adusto pero decidido; un hombre que jamás ponía en duda la ejecución de una orden, incluso de las más crueles, cuando otros se achicaban. Y luego estaban los más viejos: Aristonoo, que había sido guardaespaldas del padre de Alejandro, Filipo, el segundo de su nombre; el único superviviente del viejo régimen, cuyo consejo siempre estaba impregnado de la sabiduría de quien lleva toda la vida guerreando. Y, por último, Ptolomeo. ¿Qué decir de Ptolomeo, cuyos rasgos insinuaban que era su hermano bastardo? Ptolomeo era a la vez delicado y comprensivo y, sin embargo, despiadadamente hábil en política cuando alguien

superaba ciertos límites. Quizá fuera el menos competente en el ámbito militar, pero sin duda era el mejor dotado para un enfrentamiento político de fondo.

Alejandro miró a los siete hombres que tenía ante su lecho mientras Pérdicas repetía la pregunta por tercera vez. Esos hombres le habían seguido, habían compartido peligros y triunfos a lo largo de sus diez años de viaje y conquistas. Estaban en silencio, en la penumbra, esperando oír la respuesta. Más allá de los doce rostros que conocía tan bien, su débil mirada se posó en Casandro, de pie junto a su joven medio hermano, Yolas. Alejandro creó detectar el triunfo en sus ojos; sus dolencias habían comenzado el día después de que Casandro llegara desde Macedonia en calidad de mensajero de su padre, Antípatro. ¿Acaso Antípatro, el hombre que había gobernado en Macedonia como regente durante los diez últimos años, había enviado a su hijo mayor con el arma femenina del veneno para asesinarle en lugar de obedecer la orden de que se personase en Babilonia? Yolas era, después de todo, su copero, y bien podría haber administrado la dosis con facilidad. Alejandro, en su interior, maldijo a Casandro. Siempre había odiado a ese mojigato pelirrojo con la cara picada de viruela, y ese odio había sido recíproco, en igual medida, y alimentado, si cabe, por la humillación de haberle dejado en Macedonia todos esos años. Volvió a pensar en Antípatro, a mil millas de distancia, en Pella, la capital de Macedonia, y en sus conflictos continuos con la madre de Alejandro, Olimpia, siempre maquinadora y amenazante desde su nativa Molosia, en el reino de Épiro. ¿Cómo se solucionaría aquello cuando él no estuviera para compensar los desmanes del uno y de la otra? ¿Quién acabaría matando a quién?

Entonces, medio oculta por la sombra de una columna, al fondo de la mortuoria estancia, Alejandro vio a una mujer, una mujer embarazada: su esposa bactriana, Roxana, a tres meses de dar a luz. ¿Qué suerte correría su hijo mestizo? No eran muchos los que compartían su sueño de unir a las gentes de Oriente y Occidente; serían pocos los macedonios puros que unieran su suerte a la de un mestizo nacido de una gata salvaje oriental.

Alejandro cerró los ojos y previó con claridad los conflictos que habrían de marcar su muerte, tanto en Macedonia como en Babilonia y en las ciudades griegas sometidas. También entre aquellos

de sus sátrapas que habían logrado hacerse con feudos propios en el inmenso imperio que había creado; hombres como Antígono el Tuerto, sátrapa de Frigia, y Menandro, sátrapa de Lidia, los últimos generales de Filipo.

Luego estaba Hárpalo, su tesorero, a quien ya había perdonado una vez por su falta de honestidad y quien, para no enfrentarse por segunda vez a la cólera de Alejandro, se había fugado con ochocientos talentos de oro y plata, suficiente como para levantar un formidable ejército o para vivir en el lujo el resto de su vida. ¿Cuál de las dos opciones elegiría?

¿Y qué haría Crátero? Crátero, el adorado por el ejército, segundo al mando solo por debajo del mismísimo Alejandro y ahora en algún lugar entre Babilonia y Macedonia, a la cabeza de los diez mil veteranos que volvían a casa. ¿Entendería que él debía ser nombrado sucesor de Alejandro? Pero Alejandro, con la debilidad carcomiéndole el interior, ya había tomado una decisión, y cuando Pérdicas volvió a formular la pregunta, él negó con la cabeza. ¿Por qué debía regalar lo que había ganado? ¿Por qué debía darle a alguien la oportunidad de igualar o sobrepasar sus logros? ¿Por qué no iba a ser él, solo él y para siempre, el único conocido como «el Grande»? No, no lo haría. No sería él quien eligiera al más fuerte. No iba a ayudarlos.

Que lo solucionaran ellos.

Abrió los ojos por última vez y miró al techo. Su respiración cada vez era más tenue.

Los siete hombres que había en torno a la cama se inclinaron, confiando en escuchar su nombre.

Alejandro esbozó una última sonrisa.

—Preveo grandes combates en mis juegos funerarios.

Suspiró. Luego, los ojos que habían visto más maravillas que ningunos otros antes en este mundo se cerraron.

Y dejaron de ver.



PÉRDICAS, EL CASI ELEGIDO

El anillo pesaba en la mano de Pérdicas cuando cerró los dedos, no por el oro del que estaba hecho, sino por el poder del que estaba impregnado. Miró al rostro inmóvil de Alejandro, tan bello en la muerte como lo había sido en vida, y sintió que su mundo se tambaleaba. Tuvo que recuperar el equilibrio apoyando su otra mano en el cabezal de la cama, decorado con vivas y antiguas tallas de animales.

Respiró profundamente y luego miró a sus pares, a los otros seis hombres que habían jurado seguir hasta la muerte a un rey que ya no lo era. En el semblante de cada uno de ellos se evidenciaba la solemnidad del momento: había lágrimas en las caras de Leonato y Peucestas, cuyos torsos ascendían y descendían con llantos irregulares; Ptolomeo estaba rígido con los ojos cerrados como si meditara; Lisímaco apretaba y relajaba los músculos de la mandíbula y tenía blancos los nudillos de unas manos convertidas en puños; Aristonoo, a quien le costaba respirar y que, dejando a un lado la compostura, se acuclilló y apoyó una mano en el suelo. Peitón miraba fijamente a Alejandro, con los ojos abiertos al máximo, como privado de toda emoción.

Pérdicas abrió la mano y contempló el anillo. Era su momento, siempre y cuando se atreviese a decir que le pertenecía; al fin y al cabo, Alejandro le había elegido a él para que lo recibiera. *Y ha elegido bien, porque, de todos los presentes en esta habitación, soy el que más lo merece; yo soy su verdadero heredero.* Lo alzó entre el índice y el pulgar para examinarlo: tan pequeño, tan poderoso... *¿Puedo reclamarlo? ¿Me dejarían los demás hacerlo?*

La respuesta no se hizo esperar, y fue tan poco bienvenida como poco sorprendente.

En el segundo grupo, más allá de la cama, su hermano pequeño, Alcetas, estaba entre Eumenes, el astuto secretario griego, y Meleagro, el canoso veterano; le miró a los ojos y negó con la cabeza; había leído los pensamientos de Pérdicas. De hecho, todos los presentes lo habían hecho, y todas las miradas se posaron en él.

—Me lo ha dado a mí —afirmó Pérdicas con la voz impregnada de la autoridad que desprendía el símbolo que sostenía—. Me ha elegido a mí.

Aristonoo se puso en pie y habló con voz cansada.

—Pero no te ha nombrado, Pérdicas, aunque me habría gustado que lo hubiera hecho.

—Sea como sea, soy yo el que tiene el anillo.

Ptolomeo esbozó una media sonrisa, atónito, y se encogió de hombros.

—Es una lástima, pero solo te ha elegido a medias. Y un rey elegido a medias solo es rey a medias. ¿Dónde está la otra mitad?

—Haya elegido a alguien o no —bramó una voz cascada de dar órdenes en el campo de batalla—, es la asamblea del ejército la que debe decidir quién es el rey de Macedonia, siempre ha sido así. —Meleagro avanzó con la mano en la empuñadura de la espada. Su barba, poblada y gris, dominaba su rostro curtido—. Son los macedonios libres los que deciden quién ocupa el trono de Macedonia; y es el derecho de todo macedonio libre ver el cuerpo del rey muerto.

Dos ojos negros miraban a Pérdicas y le retaban a que desafiara la antigua costumbre. Eran ojos llenos de resentimiento, y lo sabía bien. Meleagro le doblaba en edad y, aún así, seguía siendo comandante de infantería. Alejandro le había pasado por alto en los ascensos. Sin embargo, esto no era debido a su ineptitud, sino a sus dotes como líder de falange. Hacía falta mucha habilidad para comandar una falange macedónica de dieciséis escudos de fondo por dieciséis de ancho. Y aún más para comandar a dos de estas unidades, de doscientos cincuenta y seis hombres, como si fueran una, y Meleagro era el mejor —*con la posible excepción de Antígono el tuerto*, concedió Pérdicas—. Asegurar el paso correcto cuando la unidad maniobraba en diversos tipos de terreno para que cada hombre, con su larga sarisa de dieciséis pies de largo, fuera capaz de mantener la formación, no era algo que se aprendiera en una temporada de campaña. La fuerza de la falange residía en poder ofrecer cinco

puntas de lanza por cada hombre de la línea frontal. Todos los ejércitos se habían estrellado contra ellas desde su introducción por el padre de Alejandro, aunque solo porque hombres como Meleagro sabían cómo mantenerlas en orden de modo que las cinco primeras líneas pudieran hacer valer sus armas mientras que las líneas traseras protegían a la formación de los proyectiles que llovían sobre ellos. Meleagro cuidaba del bienestar de sus hombres y le amaban por ello, y eran muchos. Meleagro era alguien a quien tener en cuenta.

Pérdicas sabía que había sido derrotado, al menos por el momento. Para conseguir lo que quería, necesitaba al ejército, tanto a la infantería como a la caballería, y Meleagro hablaba por la infantería. *Dioses, cómo odio a la infantería, y cómo odio a este cabrón por interponerse en mi camino... por ahora.* Sonrió.

—Sí, por supuesto, tienes razón, Meleagro, aquí estamos, debatiendo entre nosotros sobre lo que hacer, y nos olvidamos de nuestro deber para con los hombres. Deberíamos reunir al ejército y darles la noticia. El cuerpo de Alejandro debería ser llevado a la sala del trono para que los hombres puedan pasar ante él y presentarle sus respetos. ¿Estamos al menos de acuerdo en eso? —Miró alrededor de la estancia y no vio ningún gesto disconforme—. Bien. Meleagro, convoca a la infantería. Yo haré lo propio con la caballería. También enviaré mensajeros a todas las satrapías con la noticia. Y recordemos siempre que somos como hermanos para Alejandro. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran, asintió y luego se dirigió hacia la puerta. Necesitaba tiempo solo para reflexionar acerca de su posición.

No pudo ser. Mientras una docena de conversaciones estallaban en torno al cuerpo de Alejandro, haciendo eco en la cavernosa estancia, Pérdicas sintió que alguien se le acercaba para caminar a su lado.

—Necesitas mi ayuda —dijo Eumenes, sin alzar la cabeza para mirarle, mientras cruzaban el umbral que llevaba al pasillo principal del palacio.

Pérdicas miró al pequeño griego, al que sacaba una cabeza, y se preguntó qué le había llevado a Alejandro a darle el mando militar que Pérdicas había dejado vacante cuando reemplazó a Hefestión. Le había provocado no poca inquietud que Alejandro recompensara los años de servicio de Eumenes —primero como secretario

de Filipo, antes de declarar su lealtad a Alejandro cuando aquel fue asesinado— convirtiéndole en el primer comandante no macedonio de la Caballería de los Compañeros.

—¿Y qué vas a poder hacer tú?

—Me enseñaron a ser educado con aquellos que me ofrecen su ayuda; en Cardia lo llamamos modales. Bien es cierto que nos diferenciamos mucho de los macedonios: para empezar, a las ovejas solo nos las comemos.

—Y a nosotros siempre nos ha gustado matar griegos.

—No tanto como nos gusta a los griegos matarnos entre nosotros. Sea como sea, necesitas mi ayuda.

En un principio Pérdicas no respondió mientras, a grandes zancadas, recorrían el pasillo, alto y ancho, rancio de años; las pinturas geométricas se desvanecían y despegaban en la atmósfera húmeda que afligía a Babilonia.

—Muy bien, has conseguido que me pique la curiosidad.

—Una noble condición, la curiosidad. Solo a través de la curiosidad podemos alcanzar la certeza, ya que nos incita a explorar un asunto desde todos sus ángulos.

—Sí, sí, muy sabio tu comentario, seguro, pero...

—¿... pero tú no eres más que un rudo soldado al que la sabiduría no le sirve de nada?

—¿Sabes, Eumenes? Una de las razones por las que la gente te tiene tanto asco es porque...

—¿... tengo la costumbre de acabar sus frases?

—¡Sí!

—Y yo que creía que solo era porque soy un asqueroso griego... Bueno, supongo que uno va aprendiendo a medida que se va haciendo viejo. Salvo, por supuesto, si eres Peitón. —Un brillo maligno iluminó sus ojos cuando miró a Pérdicas—. O Arrideo.

Pérdicas sacudió la mano con desprecio.

—Arrideo no ha aprendido en sus treinta años de vida más que a no babear por las dos comisuras de los labios al mismo tiempo. Es probable que ni siquiera sepa quién es su padre.

—Puede que no sepa que es hijo de Filipo, pero los demás sí lo sabemos. Y el ejército también.

Pérdicas se detuvo y se volvió hacia el griego.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿Lo ves? Te he dicho que necesitas mi ayuda. Tú mismo lo has dicho: es hijo de Filipo, y eso lo convierte en medio hermano de Alejandro y, por tanto, en su legítimo heredero.

—Pero es tonto.

—¿Y? Los otros dos herederos directos son Heracles, el bastardo de cuatro años de Barsine, y lo que sea que incuba en la tripa esa zorra oriental de Roxana. Dime, Pérdicas: ¿a cuál de ellos apoyaría el ejército si se le diera a elegir?

Pérdicas gruñó y dio media vuelta.

—Nadie elegiría a un bobo.

—Si crees eso, entonces te estás descartando a ti mismo.

—Vete a la mierda, renacuajo, y déjame en paz. Ve a hacer algo de utilidad y convoca a la caballería.

Mientras se alejaba, Pérdicas creyó oír murmurar al griego:

—Vas a necesitar mi ayuda, y la tendrás, te guste o no.



ANTÍGONO, EL TUERTO

Dioses, cómo odio a la caballería.

Antígono, gobernador macedonio de Frigia, farfulló una serie de impiedades para sí mientras observaba a la caballería pesada, sin escudo y armada con largas lanzas, intentando formar en terreno escarpado en su flanco izquierdo, bastante más alejados de la falange de lo que había ordenado. El error dejaba demasiado hueco que cubrir por sus peltastas, una vez que hubiesen acabado de desplazar a los escaramuzadores de la maleza que protegía el flanco opuesto del enemigo. También empujaba a su caballería ligera, tracios armados con jabalinas, demasiado lejos como para que respondieran con presteza a cualquier mensaje que les enviara. Sin embargo, confiaba en acabar la labor del día con el poderoso empuje de su falange, compuesta por doce mil ochocientos hombres.

Durante toda su vida adulta, Antígono había sido comandante de infantería, había liderado a sus hombres desde la primera línea, sin diferenciarse de ellos, empuñando la sarisa mientras les gritaba órdenes a los portaestandartes que había seis filas más atrás. A sus cincuenta y nueve años aún disfrutaba del poder de la máquina de guerra que su viejo amigo, el rey Filipo, había creado. Y, como tal, conocía el valor que tenía la caballería a la hora de proteger los siempre engorrosos flancos de la falange contra la caballería enemiga. Era por eso, precisamente, por lo que los aborrecía, porque siempre estaban alardeando de que la infantería sería barrida si no fuera por ellos. Desgraciadamente, era la verdad.

—¡Ve allí —le gritó Antígono a un joven mensajero montado— y dile al idiota de mi hijo que cuando hablo de cincuenta pasos no quiero decir ciento cincuenta! Puede que solo tenga un ojo, pero no es del todo inútil. Y dile que se dé prisa: no queda más que una hora de luz.

Se rascó la barba gris, crecida y larga, y luego le dio un mordisco a la cebolla que sería su cena. A pesar de su juventud, su hijo Demetrio parecía prometedor. Antígono no podía negarlo, por mucho que prefiriera el arma de caballería, dado que se ajustaba más a su actitud extravagante. Tan solo le habría gustado que hubiera hecho más caso a las órdenes y que hubiera pensado un poco en las repercusiones que podía tener hacer lo que le venía en gana. Lo que necesitaba el muchacho era una lección de disciplina, según pensaba Antígono. La culpa la tenía su esposa, Estratónice, pues le tenía en tan alta estima que, para ella, su hijo nunca hacía nada mal. Precisamente para arrancarle de sus faldas se había traído a Demetrio con quince años a su primera campaña, y le había dado el mando de la Caballería de los Compañeros.

Mientras masticaba, Antígono examinó el resto del despliegue desde su puesto de mando, en lo alto de una loma detrás del centro de su ejército. Tragó y se ayudó a pasar la cebolla con un buen sorbo de vino fuerte. Emitió un sonoro eructo, le entregó el odre de cuero a un esclavo y dio una profunda bocanada de aire cálido. Le gustaba ese país, con sus escarpadas colinas y ríos bravos, roca y maleza. Una tierra dura, que le recordaba a la suya propia en las tierras altas de Macedonia, que tallaba al hombre en vez de moldearlo con manos delicadas. Sin embargo, por buena que fuera esa tierra para fortalecer el carácter de un hombre, resultaba incómoda a la hora de llevar a cabo operaciones militares. Y, con estas dos consideraciones en la cabeza, estudió al ejército del sátrapa de Capadocia al que se enfrentaba, cuyas formaciones tenían un río de cien pasos de ancho a la espalda con las orillas unidas por un puente de piedra de tres arcos. Recorrió con la mirada las líneas de tropas tribales; hombres ataviados con ropas de vivos colores, más vistosas, si cabe, a la luz del ocaso, formados en torno a un par de miles de infantes del ejército persa. Estos últimos, delante del puente, armaban sus arcos parapetados tras paveses de mimbre. Vestían pantalones bordados y túnicas largas de color naranja intenso y azul y llevaban tiaras de un amarillo oscuro. Constituían la guarnición original de la satrapía, y habían ayudado a Ariarates, designado por Darío, a resistir la conquista macedónica durante diez años, dado que Alejandro, después de un breve avance hasta Gordio, pasó de largo dejando atrás Anatolia central para llevar a su ejército hacia el sur por la ruta de la costa.

Pero ahora Antígono había arrinconado a aquel señor de la guerra del interior que llevaba tiempo desbaratando sus líneas de suministro y que había dejado un rastro de hombres pudriéndose en estacas a lo largo y ancho del territorio. O, al menos, había arrinconado a su ejército, ya que no tenía ninguna duda de que, fuera cual fuera el resultado del choque, Ariarates escaparía. Era una lástima después del esfuerzo que habían supuesto las marchas forzadas desde Ancira a lo largo del Camino Real; la colosal calzada que unía las grandes ciudades del Imperio persa con el Mediterráneo. La velocidad de su avance había sorprendido al ejército de Ariarates cuando se disponía a cruzar el estrecho puente del río Halis para volver a Capadocia después de su última incursión de saqueo. Atrapado en un cuello de botella, Ariarates no había tenido más opción que dar media vuelta y luchar mientras intentaba poner a resguardo tantas tropas como podía en aquella precaria posición. Solo la puesta del sol podría salvarle.

Mientras observaba, Antígono pudo ver grupos de rebeldes cruzando el puente, y no tenía duda de que Ariarates habría sido uno de los primeros en pasar a la otra orilla. *Pero hoy le cortaré las alas, sobreviva o no.* Miró a su espalda, hacia el ocaso. *Siempre y cuando lo haga ahora y lo haga rápido.* Un vistazo a su izquierda le confirmó que Demetrio al fin se había ubicado en la posición correcta. Satisfecho ahora de que todo estaba en su sitio, Antígono se metió el resto de la cebolla en la boca, descendió a grandes zancadas del montículo y, después de frotarse las manos y soltar una carcajada anticipando una buena pelea, se abrió paso por la falange hasta su posición en primera línea.

—Gracias, Filotas —dijo cuando un hombre de su misma edad le entregó su sarisa—. Toca ahogar tantas ratas como nos sea posible —añadió con una maliciosa sonrisa.

Cogió el escudo redondo que le colgaba del hombro y metió la mano izquierda por la correa para poder asir la pica con ambas manos y así gozar de la protección que le confería la defensa, aunque no pudiera moverla como habría hecho un hoplita con su gran hoplón. Sin siquiera mirar atrás, le gritó al hombre que, con un cuerno, daba las órdenes:

—¡Falange! ¡Adelante! ¡Paso de combate!

Se oyeron tres notas largas, y estas fueron repetidas a lo largo de la media milla de frente que ocupaba la formación. Cuando sonó

el último cuerno, a lo lejos, el primero emitió una larga nota aguda. Casi como si fueran uno, los hombres de la primera línea avanzaron, y a estos les siguió la siguiente, y así línea a línea, paso a paso, dando lugar a un efecto onda, como el de las olas que alcanzan la costa. El ejército de Antígono se aproximaba al enemigo.

Con el mismo orgullo que siempre sentía, marchando al frente de la falange, Antígono daba firmes pasos al frente, con la larga pica en vertical para poder protegerse el cuerpo con el escudo en la medida de lo posible, mientras se acercaba al enemigo. *Dioses, jamás podría cansarme de esto.*

Llevaba luchando en la falange desde su misma creación, primero en las guerras de Filipo contra la ciudad-estado de Bizancio y contra las tribus tracias para afianzar las fronteras orientales y septentrionales de Macedonia. Allí, los guerreros tribales se habían ensartado a sí mismos en las puntas de hierro que se proyectaban desde la formación, de modo que eran pocos los que conseguían acercarse lo suficiente para combatir cuerpo a cuerpo. No obstante, había sido en Grecia donde la nueva formación, más profunda, había sido puesta a prueba de verdad. Filipo extendió su poder gradualmente hacia el sur hasta que las ciudades griegas se arrodillaron ante Macedonia, y los tiempos en que los macedonios eran vilipendiados por ser poco más que provincianos apenas civilizados y de cuestionable descendencia helena quedaron en el olvido. Ahora solo se atrevían a decirlo en privado.

La pesada falange macedónica había arrollado a las formaciones de hoplitas, y la caballería macedónica, armada con lanzas, había barrido a sus oponentes ligeros del campo de batalla. Antígono había disfrutado de cada momento, y era aún más feliz cuando se encontraba en el corazón de la batalla.

No obstante, Alejandro había prescindido de él en cuanto cruzaron a Asia y derrotaron al ejército que Darío enviara contra él en Gaugamela. No fue cuestión de deshonor; sencillamente, Alejandro eligió a Antígono para que fuera su sátrapa en Frigia, precisamente por su amor a la guerra. El joven rey había confiado en él para concluir el asedio a la capital de la satrapía, Celenas, y para que, más tarde, completara la conquista del interior de Anatolia mientras él marchaba al sur, y luego al este, a hacerse con un imperio.

Ariarates era el último sátrapa persa que aún resistía en Anatolia, y Antígono agradecía a los dioses su presencia, ya que, sin él, su

labor se habría visto reducida a recaudar tributos y a conceder audiencias. De hecho, a veces se preguntaba si había permitido que Ariarates aguantara tanto con el objeto de tener siempre la excusa de partir en campaña.

Según las últimas noticias, Alejandro había vuelto de Oriente y acababa de llegar a Babilonia, con lo que Antígono decidió que tenía que hacer un esfuerzo real por librar aquel rincón del Imperio del último sátrapa rebelde. No quería presentarse ante el joven rey por primera vez en casi diez años sin haber concluido la tarea que le había encomendado.

Acompañado por el tronar de doce millares de pisadas, castigando el suelo pedregoso al unísono, la falange seguía adelante y el corazón de Antígono se sentía pletórico. A su izquierda podía distinguir a los peltastas, cuyo nombre provenía de sus peltas, escudos con forma de media luna hechos de mimbre y recubiertos de cuero, que ahuyentaban a los arqueros que amenazaban su flanco desde la maleza en la que habían buscado cobijo. Empezaba a derramarse la sangre. Eso sí que era vida.

Después de una última descarga de jabalinas, dirigida a las espaldas de los escaramuzadores en retirada, los peltastas se reagruparon y se retiraron a su posición entre la falange. La caballería que avanzaba, tal y como se les había ordenado, al paso de la falange. *Dioses, cómo me gusta esto.* La barba de Antígono se movió cuando esbozó una sonrisa. Su ojo bueno brillaba de emoción mientras que la cicatriz arrugada que le cubría la cuenca izquierda, y que le confería un aspecto feroz, lloraba lágrimas de sangre. *Cien pasos más... Dioses, esto va a estar muy bien.*

Observando desde sus paveses, la infantería persa apuntó sus arcos hacia lo alto. Una nube de dos millares de flechas salió despedida hacia el cielo, y la sonrisa de Antígono se hizo aún más amplia.

—¡Tranquilos, muchachos!

Y cayeron los proyectiles, chocaron contra el bosque bamboleante de picas rectas. Privadas entonces de fuerza, el daño causado fue mínimo. Aquí y allá se oyeron gritos, seguidos de una serie de juramentos mientras los camaradas de los hombres abatidos intentaban evitar tropiezos con las sarisas caídas. Se abrirían algunos huecos, Antígono lo sabía, pero no tardarían en ser ocupados cuando los oficiales que marchaban a la zaga dieran las órdenes oportunas.

No necesitaba mirar a su alrededor para asegurarse de que eso, precisamente, era lo que estaba pasando.

De nuevo, otro chaparrón de puntas de hierro cayó del cielo y, una vez más, fue absorbido por el dosel de lanzas que bailaba sobre las cabezas de los miembros de la falange. Los proyectiles caían al suelo como ramas rotas por la tormenta. *Solo cincuenta pasos.*

—¡Picas!

Se oyó otra señal que fue repetida a lo largo de la línea, solo que esta vez la orden no necesitaba ser llevada a cabo al mismo tiempo por todas las tropas. Desde el centro, y extendiéndose hacia la izquierda y la derecha, las picas descendieron como una ola, las cinco primeras líneas en horizontal y las traseras, en ángulo sobre las cabezas de los hombres que tenían delante para seguir protegiéndolos del continuado chaparrón de flechas.

Inclinado hacia delante, Antígono contaba sus pasos, firmes y regulares. Cuanto más cerca tenía al enemigo, más se impacientaba. Ahora que los persas podían apuntar recto, las flechas empezaron a chocar contra los escudos de la línea frontal. Las defensas vibraban con los impactos, ya que no las sostenían puños cerrados, sino tiras de cuero colgadas del brazo. Ahora las bajas empezaban a acumularse. Rostros y muslos sin protección se convertían en objetivos, los gritos de dolor se hicieron más generalizados cuando, al igual que sonaban los hachazos húmedos de un carnicero, los proyectiles con punta de hierro perforaban la carne y se detenían en seco al tocar hueso. Al siseo de una flecha le seguía el de otra, y Antígono no dejaba de sonreír. No había sido alcanzado desde que una flecha se llevó su ojo en Queronea, donde Filipo derrotó a las tropas combinadas de Atenas y Tebas. Desde entonces, había sido bendecido por Ares, dios de la guerra, y nunca sentía miedo al adentrarse en un vendaval de flechas. Ahora podía ver los ojos de los persas que apuntaban. El instinto le hizo agachar la cabeza y una flecha rebotó contra su casco metálico haciendo que los oídos le pitaran. Levantó la cabeza y se rio del enemigo, porque iba a morir.

Los persas metieron sus arcos en las fundas que les colgaban del costado y cogieron los paveses para utilizarlos como escudos convencionales; recogieron sus largas lanzas del suelo y formaron hombro con hombro. Sus ojos negros observaban la falange que se cernía sobre ellos, erizada con puntas de hierro dispuestas a segar

vidas. La risa de Antígono se transformó en rugido mientras daba los últimos pasos. Los músculos de los brazos le dolían de mantener la pica en horizontal. Sus hombres rugieron con él, el temor natural quedó reemplazado por la dicha del combate.

Y entonces se encontró ahí. Ya podía matar. Con un poder que le inundaba de felicidad, Antígono proyectó la pica hacia delante, hacia el persa con la barba tintada de alheña que tenía delante. Cada hombre de primera fila tendría ahora que juzgar el momento de su mortífera estocada por sí mismo. El persa se apartó de la punta de la pica y agarró el asta, intentando arrancársela a Antígono de las manos, pero el macedonio siguió avanzando junto con el resto de sus hombres, abriéndose paso hacia delante de modo que, dos pasos después, la segunda línea de sarisas amenazaba ya al enemigo a la altura de las tripas.

Y seguían empujando, paso a paso, blandiendo sus armas, aún fuera del alcance de las del enemigo, que ahora pugnaba ya con la tercera fila de puntas, una multitud de picas que se abalanzaba sobre ellos.

Un par de persas, más osados que el resto, cargaron hacia la falange con las lanzas sobre los hombros, sorteando astas de madera, directos a Antígono. El tuerto había perdido ya de vista la punta de su pica, aunque siguiera propinando empellones ciegos al tiempo que los persas se aproximaban a una distancia a la que podían utilizar sus armas. Antígono ni se inmutó, porque conocía a los hombres que tenía detrás. Por el rabillo del ojo vio una pica de la cuarta fila que subía y lanzaba una estocada. Con un grito, uno de los persas se inclinó sobre la herida recibida en la ingle. Intentaba sacarse la punta a puñetazos mientras otro integrante de la falange, a espaldas de Antígono, con una estocada seca, se ocupaba del segundo hombre. Y seguían avanzando. La presión aumentaba a cada paso; el peso mismo de la falange era lo que hacía que fuera tan difícil detenerla, y, a lo largo de toda la línea, el enemigo luchaba con desesperación a medida que su frente se combaba.

Fueron las tropas tribales capadocias, a ambos lados de los persas, hombres duros del interior montañoso, las que dieron media vuelta primero, incapaces de enfrentarse a la maquinaria de guerra macedónica armados con jabalinas y espadas. Emprendieron la huida a la carrera, por miles, hacia el río. Sabían que la falange, privada de velocidad, no podría perseguir a su presa.

Orgullosa, Antígono miró a su izquierda y vio exactamente lo que quería ver: a su hijo, con la capa blanca de borde púrpura ondeando al viento, liderando la carga desde la primera posición en la formación de cuña preferida por la Caballería de los Compañeros. Serían ellos los que lograsen lo que la falange no podía. Y fue con velocidad y furia que barrieron a las quebradas formaciones capadocias; la cuña aumentaba la presión cuanto más se adentraba en las filas enemigas, desplazando hombres a un lado y pisoteando a muchos más bajo los cascos de los caballos al tiempo que las lanzas buscaban las espaldas de los que huían y dispensaban heridas deshonrosas. Fue entonces cuando la caballería del flanco izquierdo chocó contra el enemigo encajonando al ejército ya derrotado. Los persas ahora sabían que no serían capaces de seguir retirándose por el puente hacia la salvación, y ellos también les dieron la espalda y comenzaron la huida.

Antígono levantó un puño al aire y el cuerno sonó una vez más. La falange había hecho su trabajo, y se detendría a descansar mientras contemplaban cómo la engreída caballería llevaba a cabo la labor más fácil de todas: asesinar a los vulnerables.

La caballería pesada lo barría todo a su paso desde los flancos. Más allá, la caballería ligera patrullaba en círculos abatiendo a los pocos afortunados que habían logrado escapar. Antígono había ordenado, antes del combate, que no hicieran prisioneros salvo por el mismo Ariarates, ya que tenía una estaca particularmente ancha lista para ensartar al rebelde. Tan solo logró ponerse a salvo la caballería enemiga después de obligar a nadar a sus monturas hasta la otra orilla.

Con la falange bloqueando cualquier intento de dirigirse al oeste, aquellos que no lograban alcanzar el puente, convertido ahora en una riada de hombres desesperados, no tenían más opciones que las de elegir entre la muerte alanceados por la caballería o ahogados en el río. Así que el Halis se convirtió en un remolino de hombres que se ahogaban, todos ellos intentando sobrevivir a costa de los demás, mientras la corriente los arrastraba y se los tragaba. Algunos, aquellos que tenían a los dioses de su parte, lograban aferrarse a los grandes pilares de piedra que se hundían en el lecho, aunque muchos acababan arrastrados por otros que se agarraban a sus tobillos al pasar. Unos pocos lograron trepar hasta el puente, aunque

ninguno logró unirse a la masa humana que cruzaba, pues eran empujados de vuelta al río por hombres que comprendían que una persona más sobre la estructura suponía menores probabilidades de supervivencia.

Antígono rio al ver a Demetrio y a sus compañeros abatir a los infantes persas en desbandada mientras intentaban abrirse paso hacia el puente. Sus cascos de estilo beocio, pintados de blanco con una diadema dorada alrededor, brillaban cálidos a la luz del ocaso. Sentados a lomos de sus monturas, los jinetes se mantenían sobre ellas apretando los muslos, con los pies colgando. Controlaban a las bestias con la habilidad nacida de una vida a caballo. Sus botas de cuero les cubrían hasta la pantorrilla. Una coraza musculada de bronce o de cuero cocido con pteruges de tiras de cuero en la parte inferior les protegía el torso y la ingle. Las túnicas y capas, de diversos tonos de rojo, azul, pardo o marrón, ofrecían un espectáculo digno de ver, y Antígono tenía que reconocerlo. Y, mientras avanzaban masacrando a todo aquel que intentaba unirse a la masa del puente, eran pocos los que se volvían para enfrentarse a ellos, ya que la mayoría habían abandonado sus armas en la desbandada.

Antígono dio una palmada a Filotas en el hombro cuando a Demetrio se le rompió la lanza y le dio la vuelta para usar el regatón.

—El chaval se lo está pasando en grande; parece que está desarrollando el gusto por la sangre de los orientales. Y ya iba siendo hora. Alejandro tenía más o menos la misma edad cuando lideró tropas en batalla por primera vez.

Filotas sonrió cuando el hombre que protegía el flanco de Demetrio cercenó la mano de un persa que intentaba descabalarle.

—Cauno no le quita el ojo de encima, así que no le pasará nada. Solo tendrás que dejarle claro que no siempre es tan fácil.

—Ya tendrá tiempo de aprender eso.

La unidad de Demetrio, una *ile* de ciento veintiocho jinetes, había alcanzado el puente. Los seis hombres que iban en cabeza se abrían paso a medida que la congestión causada por los derrotados se disolvía y la retirada se volvía más fluida. Y seguían matando, y el enemigo seguía huyendo ante ellos. No se detuvieron, y la sonrisa de Antígono se fue desvaneciendo a medida que los veía alejarse. *El muy idiota*. Se volvió hacia el hombre que hacía sonar el cuerno.

—¡Toca a repliegue!

El cuerno emitió varias notas ascendentes que fueron imitadas a lo largo de la formación. Sin embargo, Demetrio seguía azuzando a sus hombres hacia delante, hasta que no quedó nadie que matar en el puente, e irrumpió en la orilla este, con los últimos rayos del sol, masacrando a todo aquel que podía encontrar.

—Si no le mata un capadocio —murmuró Antígono—, lo haré yo cuando vuelva.

—No lo harás. Le darás un tirón de orejas y luego un abrazo por ser un idiota, pero un idiota valiente.

—¡Y una mierda! Son ese tipo de estupideces las que hacen que la gente muera sin necesidad. O aprende un poco de disciplina o se tendrá que resignar a una vida corta.

—Sé por experiencia que no siempre son los necios los que sufren el resultado de sus acciones.

El rostro de Antígono se turbó.

—Si mi hijo vuelve a hacer algo parecido, Filotas, espero, por Ares, que tengas razón y que no acabe muerto.



ROXANA, LA GATA SALVAJE

El bebé dio una patada en su vientre. Roxana se llevó ambas manos a la tripa. Estaba sentada, con el velo sobre la cara, junto a la ventana abierta de sus dependencias, en el segundo piso del palacio de Babilonia. A sus pies, en el inmenso patio central del complejo, ahora iluminado por antorchas mientras el sol se hundía bajo un cielo encapotado, el ejército macedonio celebraba otra reunión.

Aquella era una más de las peculiaridades que jamás había logrado entender del modo en que funcionaban las mentes de los macedonios: ¿por qué se les permitía a los ciudadanos tener voz? Cuestionar los deseos de su padre, Oxiartes, en su Bactria natal podía costar el empalamiento. Sin embargo, Alejandro, un hombre que, debía admitirlo, había sido inmensamente más poderoso de lo que su padre jamás hubiera soñado ser, prestaba oídos a las opiniones de la soldadesca común. De hecho, había sido la amenaza de un motín lo que le había obligado a dar media vuelta en la India. Roxana negó con la cabeza al pensar en lo caótico de un sistema gobernado por el consenso, y juró que el niño que llevaba en sus entrañas no habría de soportar ese inconveniente cuando alcanzara el trono.

Ese pensamiento la hizo volver a pensar en su principal preocupación desde que Alejandro enfermara y que ahora se había convertido en un asunto candente desde su muerte, apenas hacía dos horas: cómo asegurarse de que su hijo gobernara, pues sabía que su propia vida dependía de ello.

Una vez más el niño dio una poderosa patada, y Roxana maldijo a su finado esposo por abandonarla justo cuando más le necesitaba. Justo en el momento en el que iba a alzarse con el triunfo dándole un heredero antes de que lo hicieran sus otras dos esposas; las zorras persas con las que Alejandro se había casado en las multitudinarias

bodas de Susa, cuando había obligado a todos sus oficiales a desposarse con mujeres persas. Y precisamente ahora que ella estaba a punto de convertirse en la persona más importante en la vida de Alejandro una vez muerto su mayor rival: Hefestión.

Se volvió y chasqueó los dedos para llamar la atención de las tres jóvenes esclavas que aguardaban arrodilladas y con la cabeza inclinada, tal y como le gustaba a Roxana que hicieran, en el otro extremo de la estancia. Una de las muchachas se puso en pie y se aproximó, con la cabeza aún inclinada, pisando sobre las alfombras de diversos tonos y motivos, tan apreciadas en Oriente. Se detuvo lo bastante cerca de su señora para que esta no tuviera que alzar la voz, ya que hacerlo exigía energía, y Roxana consideraba que una reina no debía realizar esfuerzos innecesarios, sino que tenía que reservar las fuerzas para el rey.

Roxana ignoró a la muchacha y volvió a centrar su atención en los acontecimientos que tenían lugar en el patio. Se oían los cuernos mientras los quince mil ciudadanos macedonios presentes en Babilonia formaban por unidad y en silencio mientras siete hombres se subían a una tarima en el centro de la explanada.

—¿Cuál de ellos? —murmuró Roxana para sí, en voz baja, mientras estudiaba a los compañeros de Alejandro—. ¿Quién será?

Los conocía a todos. A algunos mejor que a otros, ya que había rivalizado con ellos desde su matrimonio, tres años antes, cuando contaba quince veranos, para mantener su posición en un entorno tan masculino como lo era el ejército de Alejandro.

Fue Pérdicas, ataviado con la panoplia al completo —yelmo, coraza, pteruges, grebas y capa de un rojo intenso—, el que dio un paso al frente para dirigirse a la asamblea. Roxana ya suponía que sería él, dado que le había visto coger el anillo de Alejandro. No obstante, maldijo su suerte: Leonato habría resultado ser más maleable, precisamente por su vanidad. A Peucestas, el amante de los placeres y los lujos, no le habría costado atraerle a su cama. Incluso a Aristonoo, a quien podría haber apelado como hombre de honor leal a la estirpe dinástica argéada de Macedonia. ¿Pero Pérdicas? ¿Cómo haría para someterle a sus deseos?

—Soldados de Macedonia —declamó Pérdicas para que su potente voz alcanzara hasta al último de los soldados que formaban a la sombra. El bronce de su yelmo centelleaba a la luz

de las antorchas mientras una leve brisa jugueteaba con la cimera roja de crin de caballo—. Creo que todos conocéis ya la trágica noticia que nos aqueja, pues las malas noticias son más veloces que las buenas. Alejandro, el tercero de su nombre, el León de Macedonia, ha muerto. Y nosotros, sus soldados, habremos de llorarle al modo macedonio. La campaña de Arabia, por lo tanto, queda pospuesta para los juegos funerarios, que tendrán lugar en los próximos días y en los que se darán magníficos premios. Pero primero haremos lo que debemos: presentaremos, todos y cada uno de nosotros, nuestros respetos a nuestro rey. Su cuerpo se ha llevado a la sala del trono. Pasaremos ante él por unidades. La caballería será la primera. Una vez que todos hayamos sido testigos de su muerte, y solo entonces, nos reuniremos en asamblea dentro de dos días para elegir a un nuevo rey.

Mientras Pérdicas seguía hablando a las tropas, Roxana se dirigió a la esclava que estaba tras ella.

—Ve a por Orestes; tengo que escribir una carta.

El secretario llegó a los pocos instantes de que la muchacha abandonara las dependencias, como si hubiera estado esperando a ser llamado. Roxana pensó que quizá hasta fuera así. Se mostraba muy solícito desde que la reina ordenara que le cortaran el dedo meñique de la mano izquierda por haberla hecho esperar demasiado después de ser llamado. Alejandro le había afeado la conducta a Roxana por infligir ese castigo a un griego libre, y le había dicho que debía compensarle por el daño que le había ocasionado. Ella se había reído de él y le había contestado que a una reina no se la hacía esperar y que, además, ya lo había hecho, y no había compensación posible que fuera a hacer crecer el dedo de nuevo. Alejandro, como el idiota que era, había compensado al hombre con dinero.

—A Pérdicas —dijo sin siquiera volverse para comprobar si el secretario estaba preparado—. De la reina Roxana de Macedonia. Saludos. —Oyó que el estilete empezaba a rascar cuando ya pensaba en la siguiente frase. En ningún momento apartó la mirada de su presa, que aún se estaba dirigiendo a las tropas—. Requiero tu presencia para hablar sobre la regencia y otros asuntos importantes.

—¿Es todo, majestad? —preguntó Orestes cuando su estilete se detuvo.

—¡Por supuesto que eso es todo! ¡Si hubiera más, lo habría dicho! Ahora ve a escribir una copia en limpio y luego tráemela para que pueda entregarla una de mis esclavas.

Roxana sonrió para sí cuando oyó que Orestes recogía sus cosas a toda prisa y salía de la habitación. *Griegos..., cómo los odio; en particular a los que saben escribir. ¿Quién conoce los secretos y los hechizos que esconden?*

En el patio Pérdicas había acabado de hablar y Ptolomeo le relevaba en la tarima para expresar su dolor. Roxana se preguntaba si habían decidido el orden de intervención por sorteo, pero lo que estaba presenciando era el orden que habían acordado entre ellos.

Cuando su carta fue entregada, hablaba Peucestas, el último en hacerlo después de Lisímaco, Leonato y Aristonoo. Peitón, hombre de pocas palabras, y estas preferiblemente de pocas sílabas, no se había dirigido a la asamblea. Cuando esta se disolvió y comenzó la gran procesión, Roxana pidió una jarra de vino dulce y les ordenó a las esclavas que la peinaran y maquillaran mientras esperaba a su invitado. Podrían haberle hecho el peinado tres veces desde que lo ordenara hasta que su mayordomo anunció a Pérdicas.

—Me has hecho esperar —dijo Roxana en voz baja cuando el corpulento macedonio entró en la estancia. La mujer se retiró el velo y le miró con sus ojos almendrados al tiempo que le dedicaba un ligero aleteo de pestañas.

—Tienes suerte de que haya tenido tiempo de venir; he despachado mensajeros, y hay mucho que organizar —repuso Pérdicas mientras se sentaba sin pedir permiso y sin hacer comentario alguno sobre el rostro desnudo de la mujer—. ¿Acaso vas a ordenar que me corten un dedo como advertencia? La próxima vez te sugiero que vengas tú a buscarme.

Los ojos de Roxana brillaron de ira; sacudió la mano para que las esclavas abandonaran la estancia.

—Soy tu reina: puedo convocarte cuando me venga en gana.

Pérdicas se la quedó mirando fijamente, contemplándola con sus ojos de color gris mar. Ella se sintió incómoda, pero le sostuvo la mirada. Bien afeitado, como la mayoría de aquellos hombres cercanos a Alejandro, su rostro era delgado, de mandíbula marcada y nariz esbelta. Tenía el cabello negro y lo llevaba corto. Las facciones del macedonio eran agradables, había que admitirlo. Era el tipo de hombre con el que no le hubiera importado mantener un contacto

directo si las necesidades así lo dictaban. Le miró las manos; no llevaba puesto el anillo.

—Tú no eres mi reina, Roxana —dijo Pérdicas pasado un instante—, y no lo has sido nunca. Tanto para mí como para el resto del ejército no eres más que una bárbara salvaje a quien Alejandro trajo del este como trofeo. Harías bien en recordarlo en los próximos días.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Yo...

—Ahora no eres más que un recipiente, Roxana —le interrumpió Pérdicas al tiempo que le señalaba el vientre—. Un recipiente útil, eso sí, pero un recipiente en todo caso. Lo que llevas en tus entrañas tiene valor, tú no. La pregunta es: ¿qué valor tiene? No mucho si resulta ser una niña.

Roxana se llevó una mano al vientre y apretó la mandíbula.

—Es un niño —siseó entre dientes—. Lo sé.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Una mujer lo sabe; está bajo en el vientre y da fuertes patadas. Pérdicas sacudió la mano con desprecio.

—Puedes creer lo que te venga en gana. Ya lo sabremos de un modo u otro dentro de tres meses. Hasta entonces te recomiendo que seas discreta, para no recordar a los hombres continuamente que el heredero de Alejandro es un mestizo.

—Me aman.

Pérdicas suspiró y negó con la cabeza; la rudeza se desvaneció de su voz.

—Durante el último año de su vida, Alejandro empezó a entrenar a orientales al modo macedónico, hasta convertirlos en miembros de falanges. Cuando envió a Crátero a casa con diez mil veteranos, no los reemplazó con macedonios, sino con esos nuevos pseudomacedonios. Y eso a los hombres no les gusta. Si tu criatura resulta ser niño, habrá problemas a la hora de que le acepten todos los macedonios.

—Y es precisamente por eso por lo que te he convocado.

Pérdicas esbozó un gesto exasperado.

—Roxana, no voy a entrar en tu juego. Tengo el anillo de Alejandro: a mí no me convoca nadie. He venido porque prefiero hablar contigo aquí, donde hay cierta privacidad. Veamos, ¿qué querías decirme?

La mujer, consciente de que intentar hacer valer su legítima posición no haría más que enfurecer a Pérdicas, decidió dejar a un lado su postulada superioridad.

—Me necesitas, Pérdicas. —A Roxana le sorprendió el repentino estallido burlón del macedonio—. ¿Te ríes de mí? ¿Por qué?

—Eres la segunda persona que me dice eso hoy.

—¿Quién ha sido la primera?

—No necesitas saberlo.

Sí necesito saberlo, y mucho. Necesito saber quién compite por tus atenciones.

—Estoy segura de que esa persona no podrá resultarte tan útil como yo.

—Dudo que él lo sea.

Bien, al menos no es una mujer.

—Tienes el anillo en tu poder, y es evidente que tus seis compañeros han delegado en ti, ya que has sido el primero en dirigirte a las tropas esta tarde. Seamos prácticos: te gustaría gobernar en lugar de Alejandro, pero los demás no lo aceptan. Si lo hicieran ahora mismo, llevarías puesto el anillo, pero no lo veo. Yo puedo ofrecerte la regencia de mi hijo hasta que llegue a la edad adulta a los catorce años.

—Podría hacerme con la regencia yo solo. No necesito recibirla de tus manos.

Roxana sonrió; sabía que era su gesto más seductor, aunque rara vez lo dispensaba, consciente de que la escasez aumentaba su valor.

—Para ser un regente efectivo, tienes que gobernar en un imperio sin divisiones, y tus súbditos han de aceptarte como regente. Si yo te aceptara, eso podría ocurrir. Pero imagina que le hiciera esta misma propuesta a Leonato, por ejemplo. ¿Puede haber dos regentes? Yo creo que no. ¿Y piensas que Leonato dejaría escapar la oportunidad de hacerse con el poder teniéndose, como se tiene, en tan alta estima? ¿Y a quién crees que apoyaría Ptolomeo si tuviera que elegir entre Leonato y tú?

—No harías tal cosa.

La sonrisa de Roxana se desdibujó y su mirada se endureció.

—Sí lo haría. Más aún: sabes que sería capaz.

Pérdicas valoró la situación.

Creo que le tengo.

—¿Qué quieres? —dijo Pérdicas al fin.

Ya es mío. Lo único que necesito es enseñarle modales.

—Estabilidad para mi hijo. Solo puede haber un legítimo heredero.

—¿Quieres a Heracles muerto?

—¿Heracles? No. Ese bastardo no me supone ninguna amenaza. Alejandro nunca reconoció a Barsine, con lo que no tiene precedencia sobre mi hijo. Son las dos zorras de Susa.

—¿Estatira y Parisátide? Ellas no pueden amenazar tu posición.

—Están embarazadas. Las dos.

—Imposible. Alejandro no ha estado con ellas desde que el cortejo fúnebre de Hefestión pasó por Susa hace nueve meses.

—Me da igual. Las quiero muertas, y quiero que tú las ejecutes.

—¿Matar mujeres? No pienso hacer eso. Menos aún cuando dichas mujeres son las esposas de Alejandro.

—En ese caso, envía a alguien a que lo haga; de lo contrario, me entrevistaré con Leonato.

—¿De verdad crees que Leonato se prestaría a asesinar mujeres sabiendo lo que piensa de sí mismo? —Ahora le tocaba sonreír a Pérdicas—. O, para el caso, cualquiera de los compañeros.

Roxana maldijo a Pérdicas para sí. Debía intentarlo de otro modo.

—¿No deberían acudir las esposas de Alejandro a Babilonia para llorarle? Estoy convencida de que Estatira y Parisátide recibirían con agrado la invitación de llorar junto a su cuerpo.

Pérdicas esbozó una maliciosa sonrisa cuando entendió lo que pretendía Roxana.

—Seré responsable de su seguridad cuando lleguen aquí.

—Pero no cuando estén de camino; ¿cómo ibas a hacerte responsable del viaje?

Una vez más Pérdicas fijó la mirada en ella, y, por la expresión de sus ojos, Roxana supo que triunfaría.

Pérdicas se puso en pie.

—Muy bien, Roxana; haré llamar a Estatira y a Parisátide para que acudan a Babilonia, y tú me reconocerás como regente. Si lo consideras oportuno, informaré a los altos mandos de tu decisión cuando nos demos cita pasado mañana ante la asamblea del ejército.

—Sí, doy mi permiso —dijo Roxana con elegancia mientras le concedía otra de sus escasas sonrisas.

Le vio dar media vuelta y abandonar la habitación sin dejar de sonreír. *Muy bien, Estatira y Parisátide: pronto sabréis lo que les sucede a mis rivales. Lo mismo que a Hefestión.*



PTOLOMEO, EL BASTARDO

Hábil. Muy hábil, pensó Ptolomeo mientras observaba la distribución de la sala del trono en la que se reunían sus pares dos días después de la muerte de Alejandro. Odiaba tener que admitirlo, pero, por mucho que le despreciase, Pérdicas había sido hábil. Bien era cierto que Ptolomeo jamás había creído que la enemistad supusiera un obstáculo a la admiración.

Por el fondo de la gran sala pasaban aún ante el rey las últimas unidades de infantería del ejército de Babilonia. Alejandro estaba vestido con sus mejores galas: capa y túnica púrpura, coraza dorada con incrustaciones de piedras preciosas y grabados de dioses y caballos, así como el sol de dieciséis puntas de Macedonia. También llevaba botas de piel de becerro, y su yelmo ceremonial descansaba entre el codo doblado de su brazo derecho y su torso. Aunque no fue que convocara la reunión a la vista de las últimas tropas que presentaban sus respetos lo que impresionó a Ptolomeo, fue lo que Pérdicas había hecho al otro extremo de la sala: el trono de piedra tallada de Nabucodonosor estaba envuelto en las ropas de Alejandro, con su coraza favorita de cuero endurecido, la que solía llevar en batalla, decorada con sendos caballos piafando, uno en cada pectoral, junto con su espada ceremonial. Aunque el golpe maestro, en opinión de Ptolomeo, había sido dejar su diadema sobre el asiento junto con el gran anillo de Macedonia.

Ha organizado la reunión como si estuviera teniendo lugar en presencia del mismo Alejandro, pensó Ptolomeo mientras miraba a los altos oficiales reunidos: los otros seis compañeros y Alcetas, Meleagro, Eumenes y el alto y corpulento Seleuco, convertido ahora en taxiarca, comandante de los hipaspistas, una de las dos unidades de infantería de élite del ejército. Seleuco se había ganado un nombre tres años

antes, al mando de una nueva unidad formada por elefantes. *¿Cuántos de ellos apoyarán a Pérdicas?*, pensaba Ptolomeo mientras estudiaba cada uno de los rostros. *Eumenes seguro, porque, al ser griego, necesita un valedor macedonio si quiere algún tipo de recompensa.* Centró su atención en el hombre maduro que accedía en ese momento a la sala, con la cara curtida por los elementos y los ojos como rendijas, producto de una vida entrecerrándolos para protegerlos del sol. *Nearco, interesante; tiene el mismo problema de Eumenes, solo que nuestro magnífico almirante cretense se convertirá en todo un activo para aquel a quien se decida a apoyar; es una lástima no tener nada con qué tentarle.*

No fue ninguna sorpresa para Ptolomeo que Casandro fuera el último en llegar. *A este sí que hay que observarle de cerca; nunca entenderé cómo Antípatro fue capaz de engendrar a un zorro tan arrogante y vomitivo. Aunque tengo entendido que la última camada de hijas del viejo ha madurado bien. ¿Casandro como cuñado? Ah..., podría ser.* Y tanto que podía ser, ya que ese pensamiento azuzó la mente de Ptolomeo. Ningún camino que llevara a una vida de riquezas, contemplación y poder como la que ansiaba después de años de duras campañas debía quedar inexplorado. Y así era como Ptolomeo estaba dispuesto a recompensarse a sí mismo, ya que nadie más iba a hacerlo por él. Siendo, según se decía, hijo bastardo del rey Filipo, siempre se le había tratado con sutil desprecio. Tan solo Alejandro le había demostrado respeto al convertirle en uno de sus hombres cercanos, para sorpresa, mal disimulada, de aquellos de mejor cuna. Después de una vida bajo el estigma de la bastardía, su futura felicidad era algo que dependía exclusivamente de él, y estaba dispuesto a aferrarse a ella con fuerza en los meses siguientes.

Con la llegada del último, Pérdicas pidió orden para dar comienzo a la reunión. Todos vestían como si estuvieran dispuestos a entrar en batalla para subrayar la urgencia de la situación. *Será mejor que esté alerta, ya que cualquier cosa que se decida contará con la bendición de Alejandro, y no me gustaría que alguien se alzara con mi trofeo.*

—Hermanos —empezó a decir Pérdicas con todos de pie a la sombra del fantasma que los observaba desde el trono—, os he convocado para establecer una propuesta común que podamos proponer a la asamblea del ejército.

Una propuesta que esperas que te invista de poderes absolutos ya sea como regente o como rey, pensó Ptolomeo. Mientras, asentía con toda

solemnidad como si los propósitos de Pérdicas fueran altruistas y por el bien común y no, como sospechaba, para su propio beneficio. *Vi tus ojos cuando Alejandro te entregó el anillo.*

—Como todos sabemos, la primera esposa de Alejandro, Roxana, está próxima a dar a luz. Si la criatura es un niño, entonces contaremos con un legítimo heredero. Propongo que esperemos a ver el resultado del nacimiento.

Lo que le interesaba a Ptolomeo era lo que no estaba diciendo Pérdicas; ¿quién gobernaría hasta entonces? *Obvio.*

—¿Para qué esperar cuando ya hay un heredero vivo? —La voz surgió del extremo de la concurrencia. Nearco, el almirante cretense, dio un paso al frente—. Heracles tiene cuatro años; la regencia, por tanto, sería de diez años y no de catorce.

—¡Griego! —rugió Peitón—. ¡Los macedonios primero!

—Estás hablando fuera de turno, amigo —dijo Eumenes agitando el dedo hacia Nearco—. Debemos esperar a que hablen antes los macedonios, ya que nuestra sangre no es sino licuada sangre griega, no el líquido espeso y fuerte que corre por las venas de Peitón. Pero paciencia: estoy convencido de que tendrás la oportunidad de defender los intereses de tu medio cuñado, por mucho que sea un bastardo.

Muy bien, Eumenes, pensó Ptolomeo cuando Nearco se vio obligado a dar un paso atrás mientras los macedonios eclipsaban a voces sus protestas. *Un asunto menos.* Como muestra de aprecio, Alejandro le había dado a Nearco la mano de la hija mayor de Barsine, que en aquel momento solo contaba doce años, durante las bodas de Susa, lo que le convertía en cuñado de Heracles. No cabía duda de que fantaseaba con la posibilidad de convertirse en el regente del niño a pesar de su sangre cretense.

—Un bastardo no puede ser rey —dijo Pérdicas, lo que zanjó la cuestión y provocó el fin de los abucheos.

—Pero un hermano sí puede serlo —dijo Meleagro, cuyas palabras manaban a través de su barba—. Escuchaos: habláis de mestizos ocupando el trono de Macedonia. De los hijos de los conquistados. ¡Roxana! —dijo, y escupió al suelo—. Dará a luz a un pusilánime cachorro oriental, sin importar la cantidad de buen semen macedonio que Alejandro lograra bombear en ella. En cuanto a Barsine, el hecho de que sea mitad griega no compensa el resto de sangre oriental que

corre por sus venas. Los griegos se han arrodillado ante nosotros, ¿o no? —Miró con dureza al puñado de griegos presentes en la reunión, retándolos a que pusieran en duda sus palabras. Ninguno lo hizo—. Vamos a dejar de hablar de sangre mestiza, porque, al igual que con los reclutas orientales que se están uniendo a nuestras filas, a los hombres no les gusta. ¿Y por qué habría de gustarles cuando todos sabemos que hay un hombre en edad, de pura sangre macedonia y de la dinastía argéada que bien podría ser coronado aquí, en Babilonia?

Es el momento.

—Arrideo es un tarado —dijo Ptolomeo.

—Prefiero a un tarado macedonio —rugió Meleagro— antes que a un mestizo extranjero.

—En particular uno con algo de sangre griega —dijo Eumenes con gesto de pura inocencia.

—¡Exacto!

—Pero un tarado no puede gobernar sin un regente —señaló Ptolomeo—. Ni siquiera un bobalicón macedonio.

Eumenes miró a Peitón, que estaba a su lado.

—Sin embargo, los bobos macedonios son los mejores bobos del mundo. O eso creo. ¿Estoy en lo cierto, Peitón?

El aludido frunció el ceño y valoró la pregunta, aunque decidió no expresar su opinión acerca de las habilidades de los tarados macedonios.

—Entonces ¿quién ha de ser el regente del tonto? —preguntó Ptolomeo—. De hecho, ¿quién sería el regente del mestizo, llegado el caso? Porque Alejandro no nombró a ninguno de nosotros. —Ptolomeo giró la cabeza lentamente hacia Pérdicas con un semblante de profundo pesar—. ¿A que no?

Pérdicas entrecerró los ojos.

—¿Acaso te estás proponiendo como rey solo porque puede que seas el medio hermano bastardo de Alejandro?

—Querido Pérdicas, puede que sea muchas cosas, pero no soy necio. Me gustan los lujos y conozco mis límites, militarmente hablando. La pregunta es: ¿todos los que estamos aquí conocemos nuestros límites? Yo no puedo ser rey por dos razones: la primera, que solo podría proponerme como bastardo, y, tal y como se ha dicho, un bastardo no puede ocupar el trono de Macedonia. —*Bien es cierto que ese no es el único trono del mundo*—. Y en segundo lugar, si

hemos de llevar a cabo los planes de Alejandro y dirigirnos al oeste, yo no sería la persona indicada para liderar al ejército. ¿Serías tú la persona adecuada, Pérdicas? —Ptolomeo señaló a Leonato—. ¿O tú, Leonato? ¿O quizá tú, Aristonoo, o Lisímaco, o Peucestas? —El hecho de que Peitón carecía de las cualidades necesarias no necesitaba ser puesto en cuestión—. Solo hay una persona capaz de aglutinar el ejército tras él, y está a trescientas leguas de distancia: Crátero. Alejandro mismo casi le nombró a él, ya que le ha mandado a casa para reemplazar a Antípatro como regente de Macedonia.

—¡Mi padre no ha sido reemplazado! —estalló Casandro—. Tan solo era algo temporal mientras venía a Oriente para dar consejo a Alejandro. En todo caso, el que debería gobernar es mi padre, ya sea como rey o como regente.

Ahora le tocó escupir a Lisímaco.

—¿Crees que la asamblea del ejército iba a decantarse por un hombre que lleva diez años en casa y que no ha compartido ni una sola de las penalidades de la tropa?

Casandro se volvió hacia él con ira contenida.

—Un rey puede ser coronado por la asamblea del ejército o en Macedonia mediante asamblea popular.

Lisímaco volvió a escupir.

—¿El pueblo? ¡Me meo en el pueblo! Y también se mearía el ejército si alguien intentara imponerles un rey, más aún si ese rey tiene un heredero tan feo como tú, Casandro. Porque eso es lo que quieres, ¿no? Tú y ese viejo que tienes por padre, que ha estado escondido en Occidente mientras hombres mejores se ganaban la gloria y morían por ella. ¿De verdad crees que podrías llenar el hueco de Alejandro?

Pérdicas agarró a Casandro cuando este se disponía a abalanzarse sobre Lisímaco.

—¡Basta!

Aristonoo ayudó a Pérdicas a retenerle.

—Ptolomeo tiene razón: Crátero fue nombrado regente por Alejandro y también es un hábil general, mejor que cualquiera de nosotros.

—Pero está a leguas de distancia.

Ptolomeo extendió los brazos.

—En ese caso, ¿cómo puede gobernar cuando lo que necesitamos es un liderazgo inmediato si queremos mantener unido al ejército y evitar que el Imperio se despedace?

—En ese caso, si lo que queremos es un liderazgo inmediato —dijo Aristonoo al tiempo que soltaba a un más calmado Casandro—, Pérdicas es la solución. Puede que no sea un argéada, pero tiene sangre real, mientras que Crátero no.

—Y fue él a quien Alejandro dio el anillo —dijo Peucestas.

Así que esa es vuestra postura.

—Pero ¿a quién se lo habría dado Alejandro si Crátero hubiera estado aquí? —Ptolomeo levantó la mano a toda prisa—. No respondáis: es irrelevante. El hecho es que Crátero no está aquí y que ninguno de nosotros tiene derecho a reclamar para sí el lugar de Alejandro. Y si tú, Pérdicas, reclamaras la corona, ¿qué piensas que harían Crátero y sus diez mil veteranos? Máxime una vez que hicieras lo que tendrías que hacer para asegurarte la corona y evitar la guerra civil en un futuro no muy lejano: matar a Roxana y al hijo de Alejandro.

Pérdicas negó con la cabeza.

—Precisamente por eso jamás aceptaría la corona.

Pero qué mentiroso eres, cabrón.

—Así que has pensado en ello, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Quién de entre nosotros no lo pensó mientras éramos testigos de la muerte de Alejandro? Vamos, sed honestos. Todos lo pensamos.

Seguro que Peitón no.

—¿Y qué sugieres, Ptolomeo?

Fue el hasta ahora silencioso Leonato quien formuló la pregunta. Ptolomeo tomó nota y pensó en él como potencial aliado.

—Un consejo formado por cuatro hombres, votado por el ejército, que se den cita aquí, ante el trono y en presencia del fantasma de Alejandro.

Pérdicas, incrédulo, miró a Ptolomeo.

—¿Un ejército gobernado por un comité? ¿Cómo vamos a conquistar Occidente así?

—Basta con no ir a Occidente.

—¿Qué? Pero Alejandro...

—Está muerto —intervino Eumenes—. Ptolomeo tiene razón: basta con no ir a Occidente. Si hacemos eso, perderemos todo lo que hemos conseguido hasta ahora.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Pérdicas mirando a Ptolomeo.

—Consolidar lo que tenemos. Cada uno de nosotros tomará una satrapía y gobernará en nombre de Macedonia. Mientras tanto, las políticas interna y externa serán decididas por ese comité de cuatro.

—Eso no funcionaría jamás.

—¿Por qué no?

Porque no permitirás que funcione. Pero ahora me necesitas para sacarte del embrollo en el que te he metido, y solo te va a costar Egipto.